

La copa de vino medio llena.

Llegó la noche del viernes y con ella el asado con sus amigos. El abrazo tan deseado no existió, no pudo ser. Había que seguir manteniendo distancia prudencial, los protocolos sanitarios y todos los cuidados pues las vacunas no estaban totalmente probadas.

Muchas dudas sobre sus consecuencias y los efectos secundarios que podrían tener. Si no era una cosa era la otra, dolores en los brazos, alergias, vómitos, náuseas, etc. Varios países incluida la que se ensayaba en la República Argentina tenían respuestas colaterales inciertas. Por otro lado, solo el polaco había tenido el valor de presentarse en su momento como voluntario, y hasta ahora nada le había pasado. Pero el resto, incluso Pedro, dudaban en colocársela. Todos hablaban, todos criticaban, todos opinaban, todos querían la solución ya, pero pocos ponían el cuerpo.

Pedro llegó último, ni bien pasó al fondo y entró al quincho todos le gritaron y reclamaron su tardanza.

—Che, quince minutos nada más... —Justificándose.

—Pero papá, vos tenés que ser el primero junto al asador, traés la picada... —Le reclamó el ruso mientras acomodaba las botellas de vino que se degustarían esa noche y continuó, —che, saquemos la mesa al jardín y cenemos afuera, es más seguro—.

De inmediato Pedro se sentó para preparar la picada y le dijo al tano que se encontraba frente a él, —che, Tano, venite a cambiarme la bomba mañana al cole, urgente por favor—.

—Ya está hablando de laburo —, comentó Pancho mientras acomodaba unos chinchulines.

—Tu cooperadora me debe guita— áspero el tano mientras abría una botella de Fernet y la mezclaba con Cinzano.

Pedro no se acordaba, en realidad no tenía idea.

—¿No te pagaron che...? —Respondió con una pregunta, preocupado pero no sorprendido y poniendo cara de desconcierto.

—¿Para qué mierda estás ahí? ¿Para hacer paros nada más? —Le reclamo el tano. No le contestó, quería pasarlo bien con sus amigos, quería contarles lo que le pasaba con su mujer, que estaba agobiado por tanto trabajo, que estaba frustrado.

—Che, pero la educación anda para el orto. ¿No? —Comenta Pancho sin mirarlo, sumido en su parrilla. Y agrega como desprevenido. —No van nunca a laburar. Cómo la pasaron en la cuarentena eh... Bien que se rascaron...

—Ya no sé porque sos mi mejor amigo... —Contesta Pedro sin mirarlo mientras cortaba la longaniza.

—Por qué no te callás la boca y te dejás de romper las pelotas. —Le contesta el polaco que también era docente pero maestro especial. Tenía pocas pulgas y era seco como tapa de asado.

—Uh loco, no empecemos, poniendo un manto de tranquilidad. —El turco. Y agrega, como de la nada, mirando a Pancho—. Che, ¿Estás poniendo bien el vacío con el cuero hacia abajo...? —En complicidad con el resto y sabiendo que le iba a molestar.

—¿¡Querés venir a hacerlo vos, eh...! —Murmurando, Pancho—. Pelotudos...

—Estuvo y está jodida la cosa, esto no terminó todavía. —Comenta el ruso.

—Che, ruso. ¿Mucho quilombo en los hospitales?

—No, quilombo no... —Responde con cierta pesadumbre, y agrega—. Muchos muertos, ¿O no te enteraste? No damos a vasto, esto es un desmadre mundial.

—Pero aquí es peor. —Agrega el tano.

—Aquí siempre es peor, —Asiente Pancho.

—¿Y por qué no se van a la mierda los dos? —Increpa a ambos el turco.

—No, aquí no es peor. Y lo sé bien porque trabajo en dos hospitales. —Asegura el ruso.

—Y..., este país de mierda siempre igual, —comenta el tano.

—Callate tano, no digás boludeces, si no te gusta andate. —Pedro.

—Y claro que me tendría que ir. —El tano con broca.

—Tano, no jodas que sos el que más la hizo, te sobra... —Riendo el turco.

—¿Y que?, a mí nadie me regaló nada. Yo trabajé toda mi vida. No soy como esos negros de mierda planeros vagos. Siempre metido en la fábrica con mi viejo.

—Ves...? Esta vez tenés razón ,tano, yo te apoyo. Son todos delincuentes esos... —Agrega asintiendo Pancho.

—Ustedes dos son mucho más garcas y delincuentes que toda esa gente, porque las únicas veces que vinieron a mí para que les haga un favor fue para ver cómo podían zafar de los juicios por tener gente en negro, evadir impuestos y comprar merca robada. Y vos Pancho dejá de hacerte el boludo y vender productos vencidos en el mercadito. —El turco mientras cortaba el queso en daditos.

—¡Epa Dr...! —Riendo el ruso. —¿Eso no es secreto profesional...?

—Y vos cerrá el upite, secreto profesional... —Meneando la cabeza—. Sí, claro, por eso cuando vine de Europa con sífilis se lo tuviste que contar a todo el mundo, hijo de puta. —Todos estallaron en risa

—Me separo muchachos... —Comenta el ruso. Se hizo el silencio.

—Qué cagada loco, —dice Pancho y agrega—. Yo voy por el mismo camino. La bruja está insoportable...

—¿Y la casa? —Pregunta el tano—, ¿Y el consultorio?

—Todos estamos en crisis matrimoniales, —asegura el polaco—. Sería una boludés que te separes ahora. Dejá que pase esto y que se acomoden los melones. Después ven...

—Y eso que vos no sos de hablar, —dice Pedro—. Y yo no sé cuánto va a aguantar lo mío.

—Muchachos, yo me separé dos veces... Y aquí estoy, no pasa nada. —Comenta, superado, el turco—. Así que brindemos por los futuros divorcios. —Levantando todas las copas con vino, excepto el polaco que tenía gancia.

—Cambiá eso y ponele vino a la copa que se brinda con vino tinto. —Le dice el ruso. El tano con reverencia le vierte el líquido negro hasta la mitad en la copa del ruso.

—Che..., está medio vacía. —Reclama el polaco.

—Nunca una copa de vino está medio vacía. —Promulga el turco—, siempre mirala como medio llena, porque haya lo que haya de vino siempre hay que verla como medio llena, beberlo y disfrutarlo...

Se sentaron luego del brindis y por unos segundos hubo silencio.

—Qué se yo, yo no le hablo. No le doy bola —comenta el tano—. Para qué voy a hablar si cada vez que digo algo me reclama diez cosas.

—Muchachos, yo me separé y rehice mi vida bien. —Comenta el polaco.

—Sí, pero no es lo mismo... —Dice el ruso con voz baja mientras se servía soda de un sifón en otro vaso—. Vos y tu ex lo hicieron todo bien. Como que les chupaba un huevo separarse.

—No, es que no nos dolía, solo lo pensamos fríamente y con criterio—. Responde firme el polaco.

—Tu caso es que vos no te querés separar, por eso tenés dudas—. Le comenta el turco.

—Sí, puede ser. —Resignado el ruso.

—Yo no me quiero separar... —Dice Pedro.

—Y... Ustedes los latinos son así. No pueden ponerse de acuerdo ni con sus propios sentimientos... —El polaco levantándose mientras se prendía un cigarrillo.

La noche se diluyó entre consuelos, consejos, opiniones, truco y vahos del alcohol que nada solucionan pero invisibilizaban las penas.

Llegó a su casa mareado, por suerte la casa del tano solo quedaba a diez cuadras, manejó despacio y con cuidado. Dejó el auto sobre la vereda, no lo entró por temor a que le roben. Cuando entró a la casa lo hizo sigiloso, fue directo al baño, se duchó y lavó varias veces la boca. Fue hasta la heladera, se tomó un vaso de leche con dos aspirinas y un caramelo de menta y así se fue a la cama.

Ella se hizo la dormida, quería saber a qué hora llegaba y de qué forma. El domingo, lo que nunca ella hacía, lo hizo, se levantó temprano para que la lleve al supermercado “Los gallegos”, que Pancho había heredado de sus padres.

Estuvo todo el día lento, el hígado no le respondía como cuando era joven. Tal vez presintiendo su malestar se había previamente negado a un partido de fútbol al que lo habían invitado los vecinos para el domingo a la tarde en la vieja canchita del otro lado de la vía.

No quería tener más problemas con su mujer, su gran paseo terminó siendo un helado frente a la plaza mirando el centro comercial hecho un páramo por ser domingo a la tarde y por la misma pandemia.

El lunes llegó rápido, ya en la escuela.

—Buen día Pedro. —En la puerta. Era una de las profesoras de educación física.

—Buen día Ester ¿Cómo te fu...?

No lo dejó terminar.

—No te olvides que tenemos que hacer las elecciones de jefes de departamento.

Se queda mirando y no le contestó de inmediato.

—¿Vos sos conciente de que venimos de una cuarentena y a vos te importa la jefatura de departamento?

—Bueno tampoco es para que me contestes así —La mujer, desde su altura de casi dos metros.

—Ya voy a ver para cuando lo organizo. —Él ya de movida, hastiado.

Se dirigió a su despacho, quería organizarse. Sabía que a las nueve de la mañana entraría el primer grupo de alumnos que había sido comunicado por los preceptores durante el fin de semana a la apurada, ya que el comunicado oficial había llegado el viernes a la noche. El teléfono no dejaba de sonar.

Comenzarían los del último año, solo por grupos de seis en cada curso, por apellido, tres varones y tres mujeres, al otro día los del año anterior y así sucesivamente.

Corría el rumor de que querían dictar clases en las plazas o veredas. Otro idiota sumido en la histeria se le ocurriría semejante gonzada. Baños químicos, peligros de alumnos en la calle y mis contratiempos más...

—Me rompen las pelotas con diez mil papeles para hacer un viaje de cinco cuadras y quieren poner pibes en una plaza con la inseguridad que hay. —Hablabla solo, murmuraba y hacía gestos como loco de atar.

Se preparó su mate, dio recomendaciones a los auxiliares y a los docentes que habían llegado. Deberían cumplir horarios los que no dictaban clases y preparar proyectos de integración y nivelación.

Una auxiliar le reclamó barbijo y traje de astronauta como para manejar plutonio, guantes y anteojos.

—No tengo, señora, eso que me pide.

—Entonces yo me voy, no limpio nada. —Y se fue. Él la miraba cómo salía de la escuela.

Le puso en el libro que se retiraba solo por si tenía un accidente. No le importaba nada.

Fue hasta la sala de profesores y los vió trabajando. “Que al pedo” se dijo, y los mandó a su casa pese a la disposición de jefatura, consideraba de riesgo a los profes en la escuela sin dar clases. Mientras menos hubiera mejor. Pese a lo que significaba si alguno se accidentaba en horario de trabajo y el reclamo de la ART. Le podrían hacer un sumario puesto que esos profes que había enviado a sus casas deberían estar en la escuela. Estaba como aturdido y en rebelión con el sistema, sentía que la mayoría de las decisiones que tomaba el nivel central eran una peor que la otra. Estaba convencido que ante la diversidad social, económica, geográfica y política cada institución debía adecuarse a las necesidades y características de su comunidad educativa.

Luego de la formación e izado de la bandera con apenas unos pocos alumnos, unas palabras de bienvenida y más recomendaciones, los alumnos entraron a las aulas. No era lo ideal pero hacía frío.

La escuela era un desierto, un silencio sepulcral espeluznante de tristeza reinante que invadía al patio. Nada más triste que un colegio con pocos alumnos y sin el murmullo constante.

Volvió a la dirección a poner en movimiento a la institución, lo primero que observó fueron las cuentas, muchas deudas con los proveedores. No entendía nada de dinero y lo que decía. —Las cooperadoras deben estar manejadas por contadores —se decía—, es al pedo... Tiene que haber una oficina contable.

Llamó varias veces a la presidente de cooperadora, no daba señales de vida. El tano no aparecía con la bomba y no le contestaba los mensajes.

Todavía no habían venido a cambiar los vidrios rotos de infraestructura, así que optó por lo que hacía siempre, llamó a la vidriería para que le coloquen los plásticos y abonó de su bolsillo.

Obviamente la bomba de agua seguía funcionando mal.

El vice de la tarde había llamado antes de la entrada de los administrativos para que lo atienda un auxiliar y no dar la cara avisando que se iba a pasar una licencia por una semana.

Llegó Nora, ni saludó y entró a los gritos y llevándose las cosas por delante.

—Raro ella tarde, se dijo Pedro, pero se ve que ya está bien de salud, cien por ciento igual que antes. El virus no le cambió esa cara de orto que tiene...

Se sentó cómodo e intentó poner las cosas en claro, necesitaba escribir y poner en orden las prioridades.

A su costado izquierdo un gran almanaque donde marcaba en rojo fosforescente cada formulario administrativo que debía entregar y entre ellos, —¡Zaz! Mañana es mi aniversario de casados y se vienen todos los cumple años... —exclamó.

Bueno, cuando salgo compro todo.

Llama el inspector.

—Sánchez, le envié cinco correos y no leyó ninguno.

—Ya los leo... Buen día, ¿no? —Se dijo.

—Ahí tiene el instructivo.

—¿Otro más?, pero si todavía no terminé de leer el del viernes.

Mientras hablaba por teléfono lo habría en su computadora, ya en las primeras líneas decía una parva de idioteces.

—Sólo un verdadero inepto podría escribir algo así —pensaba mientras no escuchaba lo que le decía el inspector.

—Clases en la calle..., era verdad... Ideal para octubre, el mes de más lluvias en nuestro país. Y todo lo que implica, ya me veo un motochorro que le corta la mano a un pibe para robarle una lapicera. ¡Qué forros que son!

Escuchaba un murmullo afuera, ni se le ocurría preguntar a Nora, ella estaba a las puteadas sola revisando los correos electrónicos.

—Jajajaja, —reía solo—, cuando llegue al comunicado de hoy, rompé la compu.

Unos ochenta padres en la vereda querían hablar con él.

Del consejo escolar lo habían llamado unas siete veces por las deudas y una denuncia de un auxiliar. Dejaba que conteste una de las administrativas y se hacía negar.

—Deciles que no llegué.

Lo llaman de la municipalidad, atiende Nora. Era para que firme la planilla de asistencia por el convenio de ayuda más un informe, ahora se le querían instalar en la escuela y pedían una dependencia.

—Pero ni en pedo les doy un lugar a los de la muni. ¿Pero cómo voy a meter a gente que no es docente en una dependencia en la escuela todo el día? Pero a quien se le ocurre.

Toma el teléfono.

—Buen día. ¿Quién le dijo que yo le puedo dar una dependencia?

Un silencio.

—¿Cómo al inspector?

Otro silencio.

—Ese viejo está en pedo. —Le corta.

Todos lo miran.

—Que me la chupen, comenta mirando a Nora.

Nora le restó importancia, estaba sumida en su lectura de los comunicados.

—Lo llama una de las empleadas de secretaria de inspección.

—Hola Pedro, tenés una denuncia de un profe que nunca cobró”.

—¿Quién?

—“Alberto Rosales”.

—Ese chabón nunca apareció, debe haber una mala asignación.

—Dijo que el director no le había arreglado la situación.

—Pero si nunca lo vi en mi vida.

Corta.

—Y tenés ocho docentes que no cobraron este mes, entre ellos el profe de informática que estuvo sacando las papas del fuego con las clases virtuales. Le comenta la administrativa.

—Eso solucionameló, ya.

Nora recibe un par de mensajes en el celular.

—El campamento de quinto, me están mandando mensajes de centro deportivo que tenemos turno para la semana que viene y del ministerio de acción social que nos otorgaron el viaje a Córdoba para los 6^a.

—Decile a los preces que manden urgente comunicado a los padres.

Mensaje al celular de él, por el inspector.

“Su escuela será sede de la muestra de arte, ciencia y tecnología de la región”

—Pero la concha de tu madre...

—Nora, vení sentate. —La llama a su despacho—, hoy no nos peleemos. —Le dice mientras se toma un mate—. Vos encargate de la cooperadora, arreglame este asunto y yo me encargo de todo lo demás.

—Bueno, te aclaro que nos cagaron con las computadoras los del seguro. —Le dice con su mate Nora, dado que no se podía compartir—. Y acordate de la fiesta de educación física, es muy importante para los pibes después de tanto encierro.

—Y te sorprende que nos cagaran las compus. Las compañías de seguro están para cagarte... Bueno, no importa, pedile ayuda a Carlos. El es profe de contabilidad, algo debe saber del tema por la cooperadora.

Otro mensaje del inspector.

“Me llegó mensaje del gremio que no quiere hacer elecciones de jefe de departamento”

Ni le contestó.

Llamó al lobo y le pidió que se encargara de las notas y organización con los profes de educación física el viaje de estudio a Córdoba de 6^a año y del campamento. No iba a contar con la profesora con más experiencia en educación física, seguro había sido ella la que llamó al gremio.

Les mandó mensaje por celular a los jefes de departamento para que organicen la muestra de artes y ciencias. Y a una profesora amiga y compinche de educación física para que le arme la fiesta educación física en el club del barrio como todos los años.

Harían asado para todos como siempre.

Fue hasta la vereda y le pidió a los padres que se ubiquen en el patio, con paciencia trató de responder todas las dudas sin estar seguro de ninguna respuesta.

Ya en el turno tarde en 2221, al aula un páramo, dos alumnos.

—Hola chicos. Los quería abrazar, —serios los dos pibes.

—¿Y el resto?

—Abandonaron profe —del varón que no recordaba el apellido.

—Sí, pro. Y Juan no vino porque vivía con los abuelos y murieron los dos. —Dijo la chica.

¿Cómo consolarlos? Ahí comenzaba la verdadera tarea del profesor secundario, el justo equilibrio entre dar la materia para prepararlos para estudios superiores y la parte afectiva, la emocional.

Pedro había dictado clases virtuales pero siempre de apoyo, nunca una materia casi de forma completa. El resultado no era bueno, era un fracaso, no se podía dictar una materia de esa forma. Se había más que comprobado la necesidad del vínculo alumno docente. Más allá del nivel educativo, pero mucho más en primaria y secundaria, de una u otra manera debía haber un intercambio cara a cara. Conocer al alumno, la edad adolescente era crucial. La tecnología no podía reemplazar los sentidos del profesor frente a las distintas problemáticas de los alumnos.

Se sentó en medio del aula, le pidió a los pibes que lo rodeen a dos metros, pero no quería estar en el frente.

—Charlemos, les dijo. Quiero que me cuenten todo.

—¿Y Rosas pro, y su exilio? —Pregunta la chica.

—Tranqui. Ya veremos las canalladas que hicieron con Rosas. Pero hoy vemos como reacomodamos nuestros sentimientos.

Entra una preceptora.

—Pedro, tenemos un problema con un alumno. Le dice en voz baja muy cerca—, son de Chile. La madre no quiere que siga estudiando, el padre murió por este virus y los hijos son el único sostén. Vive cerca de tu casa. ¿Vos podés ir?

—Dame la dirección, esta noche paso por la casa.

Lo llama Carlos su vice de la noche que estaba trabajando con Nora tratando de solucionar los problemas con la cooperadora.

—Che, Pedro. Tremendo tiroteo en la esquina del cole.

—¿¡Qué! ¿Llamaron a la poli?

—Sí.

Llama al comisario.

—Pedro tenemos un quilombo ahí de falopa. Son pibes de tu escuela loco. Haber si me solucionas el tema.

—Pero vos sos boludo. Vos sos el comisario.

—Son las familias de los Altamirano y los Aquino.

—Uh, la puta madre.

Conocía bien los apellidos, tenía varios alumnos en su escuela pero no necesariamente emparentados. Era sabido que dos familias manejaban la droga de la zona, la primera colombianos y la segunda peruanos, que solían convivir pacíficamente con una razonable disposición geográfica equitativamente dispuesta por los dos padrinos principales. Pero de vez en cuando algún jovencito desfachatado quería ampliar la zona traspasando las fronteras y los conflictos geográficos terminaban desarrollándose en lugares neutros, tal es el caso la manzana del colegio.

Los imberbes siempre trayendo discordia a familias tan razonables y de buena voluntad...

—¿Y estos hijos de puta se fueron a cagar a tiros en la esquina del cole? —Maldecía Pedro en vos baja.

—Bueno, veo que hago.

Mientras le respondió se le cruzó la idea. Esta noche veo si paso por la casa de uno de ellos, yo tuve al tío hace años. No terminó de estudiar... Pensaba.

—Bueno digan todo lo que quieran decir, preguntar o llorar. Volviendo a sus dos alumnos.

—No profe. Usted habla pero no puede solucionar nada. Mis viejos están los dos sin trabajo, venimos a buscar a la escuela los bolsones de comida o vamos al club. ¿Qué puede hacer usted?

La chica se puso a llorar, él se acercó y la abrazó. Con su mano izquierda estiró el brazo y le acarició la cabeza al compañero. “Y después me dicen que no se debe tocar a los pibes, pero por qué no se van todos a la mierda”

Al salir se dirigió primero para la casa de los Altamirano, luego iría a la de los Aquino.

No era fácil la zona, si bien lo conocían debería pasar por la tosquera, cerca del desarmadero, lugar complejo hasta para un baqueano del lugar como Pedro. Manejaba despacio, miraba de reojo observando como lo vigilaban los muchachos del palo. Era bien sabido que no eran todos, solo unos pocos los delincuentes en las dos familias. Sabía que reconocían el auto del dire, hacía quince años que lo tenía. El auto se balanceaba entre los pozos de la calle de tierra y las piedras. De repente un tipo sale a su encuentro como para pararse frente a su auto, otros dos le gritan que lo deje pasar, que era el director.

Hombres jóvenes y viejos con miradas sórdidas, oscuras y algunas chicas con ojos tristes y mustios.

Cuando llegó a la casa a unos veinte metros vio un auto conocido. Le llamó la atención porque era un BMW, auto que no tienen la mayoría de los docentes y en ese lugar. Estaba casi seguro que era de un profe que trabajaba en su escuela y en la técnica desde hacía un año aproximadamente. Pero no lo cruzaba nunca, solo en alguna reunión de personal. Un tipo de no más de treinta años.

Salieron dos pibes de unos quince años abiertamente armados. Revólver en mano cada uno.

—¿Qué quiere director acá?

—Buenas noches, busco al Sr. Altamirano

—¿A cuál, hay muchos?

—Al que mande.

—Aquí son todos jefe, fiero

—No, vos sabes que hay uno solo que manda

El pibe se le acerca con mirada directa.

—Notehagá el gorra vo, rescatate que si quiero te meto un tiro

—Hacelo...

Lo miró.

—Entrá despacito.

Pasó el alambrado y pisando ladrillos mal acomodados entró a la casa no tan fea ni humilde. Solo desprolija, descuidada y sucia.

Fin.

Continuará...

En colaboración con Lucas Sachello.

Todos los personajes y hechos son de ficción y nada tienen que ver con la realidad

Relato "El Director Sanches" registrado RL-2020-05109278-APN-DNDA#MJ Buenos Aires, República Argentina.